



PODGET

COMO HAREMO
LA
REVOLUCION

1

HB811
.1911
P3
v.1

R. C.



1020025406

CÓMO HAREMOS LA REVOLUCIÓN



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

323.2

P.



LIBRO
RICARDO GONZALEZ

E. PATAUD Y E. POUGET

Cómo haremos la Revolución

PREFACIO DE P. KROPOTKINE

TRADUCCIÓN DE ANSELMO LORENZO

TOMO PRIMERO

DOS TOMOS 2 PESETAS

100117

BARCELONA

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

CORTES, 478

20824

HB 811.1.1

L911

P3

v.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

PREFACIO

Oyese decir frecuentemente que no deben hacerse proyectos de una sociedad futura.

Todos esos proyectos son novelas, nos dicen, y tienen el inconveniente de que un día podrán dificultar la fuerza creadora de un pueblo en revolución.

Quizá haya parte de verdad en esa observación. No hay duda que el Viaje a Icaria, de Cabet, ejerció esa influencia sobre cierto número de razonadores teóricos; pero ese es el efecto de todas las obras de sociología que han tenido alguna resonancia.

Por otra parte, es necesario hacer constar que nos damos cuenta de las consecuencias concretas, positivas, que nuestras aspiraciones comunistas, colectivistas u otras podrán tener en la sociedad. Para esto nos vemos obligados a representarnos el funcionamiento de esas diversas instituciones.

¿Dónde queremos llegar por la Revolución? Conviene saberlo. Se necesitan, pues, escritos

que permitan al gran número formarse idea más o menos exacta de lo que desean ver realizarse en un porvenir próximo.

La idea concreta ha precedido siempre a la realización. ¿Se habría llegado, por ejemplo, a los progresos modernos de la aviación, si cierto número de físicos y mecánicos franceses no se hubieran propuesto de una manera concreta ese objeto, esa «novela», si se quiere: «La conquista del aire por la máquina más pesada que el aire?»

Lo que conviene es habituarse a no dar a un escrito o a un libro, por bellos que sean, más importancia que la que realmente tengan.

Un libro no es un evangelio que haya de tomarse al pie de la letra: es una sugestión, una proposición; ni más ni menos. A los lectores corresponde reflexionar para adoptar lo bueno y rechazar lo que en él encuentre erróneo.

Con esta reserva, junto a los conceptos que nos representan lo conseguido por las revoluciones pasadas, bosquejemos los que podría realizar la revolución próxima.

Y cuando los que se tienen por «prácticos» (no siéndolo, puesto que trabajan para contener el progreso) nos digan: «Todo eso es novela, utopía...», les preguntaremos si acaso ellos también no tienen su «utopía».

Porque la verdad es que todos tienen su utopía

al revés del progreso. Napoleón I tuvo la del imperio mundial, político y militar; el general de los jesuitas tiene la de su imperio basado sobre la superstición y la sumisión religiosa; el buen burgués suspira por un gobierno fuerte. Cada gobernante es utópico a su manera: Briand tiene su utopía; Millerand, la suya, y hasta el mismo Lepine, el famoso polizonte parisién, se proponía la sumisión obrera a la dominación burguesa.

Es imposible, en efecto, influir sobre la marcha de su época sin tener una concepción más o menos clara de cómo se querría que se desarrollara la sociedad.

Lo importante, al leer una «utopía» social, es no olvidar jamás que el autor no nos ofrece una concepción inmutable, decretada de antemano, a semejanza de aquellos planes militares de campaña que traían los generales alemanes durante las guerras de 1793-1809, que fracasaban siempre ante la acción de las poblaciones simpáticas a los descamisados.

La idea — «la idea general de la Revolución», como decía Proudhon —, eso es lo que se necesita, y no recetas revolucionarias.

Pues esa idea general es lo que Pataud y Pouget tratan de desarrollar en su libro.

Es evidente, cuando se trata de un libro de este género, que el autor se ve obligado a precisar

ciertos detalles de los acontecimientos; pero esos detalles, como comprenderá el lector, se dan únicamente con objeto de materializar las ideas, para evitar que floten en la vaguedad de las abstracciones.

Que el choque entre los rebeldes del próximo porvenir y los defensores del pasado moribundo tenga lugar frente a la estatua de Dalou o en otra parte; que el primer encuentro decida o no de la victoria, poco importa.

Lo importante es procurar darnos cuenta de la tendencia general que haya de imprimirse a la revolución.

¿Será el individualismo burgués y la explotación del hombre por el hombre, mitigados solamente por algunas leyes? ¿Será el socialismo de Estado? ¿Será la centralización burocrática en el Estado, en la Comuna, en la Confederación General del Trabajo y los sindicatos, o la independencia y la libre federación de los grupos productores y consumidores, compuestos por afinidades de oficio o de necesidades? ¿Será la centralización, la escala jerárquica de los gobiernos, o la abolición definitiva del gobierno del hombre por el hombre lo que nos esforzaremos en realizar?

He ahí los problemas que el libro de Pouget y de Pataud plantea y que nos invita a discutir, no de una manera abstracta, sino concreta, par-

tiendo de los mismos hechos, de las mismas necesidades de la sociedad.

No hay duda que la vida es infinitamente más complicada que todo lo que pueda preverse. En ella surge lo imprevisto con mayor frecuencia y exigencia que en la novela, como se ha visto recientemente en la última tentativa de revolución en Rusia; pero el aspecto general de la sociedad futura se dibuja ya: se ve lo que germina; no hay más que observarlo; ya se siente toda la fuerza de los deseos de igualdad, de justicia, de independencia, de libre asociación que aparecen en la sociedad. Y estos datos sociales nos permiten casi prever adonde vamos, a condición que estudiemos lo que viene, en vez de discutir sobre lo que un tal o tal otro quisiera ver venir.

Guiado por esas ideas traté yo, hace treinta años, de bosquejar una utopía comunalista en La Conquista del Pan.

Pataud y Pouget hacen hoy una utopía sindicalista, mostrándonos cómo los sindicatos, agrupaciones de combate contra el Capital, podrían transformarse, en tiempo de revolución, en grupos de producción; cómo podrían trabajar, cada uno en la esfera que le es propia, en la reorganización de la producción y de la distribución societarias de los productos, sin esperar para ello órdenes de lo alto. Exponen de manera muy atractiva cómo los grupos industriales,

comunialistas y cooperativos podrían encargarse de las funciones que el Estado y el Municipio se han apropiado hasta el presente; cómo los sindicatos formarían las estadísticas necesarias y se las comunicarían recíprocamente, sin esperar la intervención burocrática de los «Comités de estadística»; cómo realizarían la expropiación de hecho... Y así sucesivamente.

No es, ciertamente, la Anarquía lo que presentan; pero la organización que han concebido tiene ya la ventaja de no estar fundada sobre una jerarquía de burócratas, como la preconizada hasta el presente por los socialistas estatistas. Por el contrario, en el libro de Pataud y Pouget se percibe el soplo vivificante de la Anarquía en sus concepciones del porvenir, sobre todo en las páginas dedicadas a la producción y el cambio. Y lo que dicen acerca de este asunto debería ser seriamente meditado por cada trabajador anhelante de Libertad, de Justicia y de Igualdad, lo mismo que por todo el que ansie evitar los conflictos sangrientos de una próxima revolución.

Es probable que Pataud y Pouget paguen todavía excesivo tributo al pasado; lo que es inevitable en obras de este género: su «Congreso confederal», que discute si han de ponerse a cargo de la sociedad los niños, los inválidos y los ancianos, a mi parecer, se ocupa de asuntos que serán resueltos en el acto; y cuando decide

que ninguna cooperación, ningún servicio social podrá «considerarse separado de la comunidad», resuelve un problema que únicamente podrá resolver la vida local. En cuanto al «Comité Confederal», toma mucho del gobierno derribado.

Pero ese es el caso: precisamente esas grandes cuestiones son materia de discusión. Los autores nos las presentan; nos señalan una tendencia: a nosotros corresponde reflexionar antes que la Revolución nos llame a ejecutar. Y es seguro que quien se inspire en el espíritu del libro de Pataud y Pouget estará a punto de pronunciarse sobre esas cuestiones con cierta independencia de juicio, siendo probable que halle la centralización inútil y pueda sugerir medios de evitarla.

Lo que se recomienda además en este libro a la atención de los lectores, es el espíritu de tolerancia para las diversas tendencias, diferentes de las de los autores, de que está impregnado — espíritu de tolerancia y de bondad muy característica de la mentalidad de las poblaciones obreras francesas, y que contrasta fuertemente con el amor al reglamento y a la ley general, tan arraigado todavía en las naciones que no han pasado por el experimento revolucionario que pasó la nación francesa.

La tendencia a la conciliación se ve también en la idea nueva de los autores, proponiendo

la combinación del comunismo para todos los objetos de primera necesidad con el «carnet de los bonos de trabajo» para los objetos de lujo, entregado a cada miembro de la sociedad. Esta idea, que recuerda la del Vigésimo siglo, de Bellamy, merece ser muy discutida.

Por último, la misma tolerancia se halla también en esa otra proposición de expropiación y de explotación de las grandes propiedades territoriales por los sindicatos de obreros agrícolas, de una parte, y, de otra, la conservación de las pequeñas y medianas explotaciones territoriales que continuarían valoradas por sus ocupantes actuales.

Fieles a ese principio de tolerancia, los autores, con mucha razón, conceden también primordial importancia a la propaganda por el ejemplo, en lugar de poner su esperanza en el voto, la ley y la guillotina para los recalcitrantes.

Bueno hubiera sido verles aplicar más ampliamente ese principio a las poblaciones de cárceles y presidios. Un golpe de audacia, como el de Pinel, después de haber servido de ejemplo, levantará un día todas las dudas sobre este asunto.

El único reproche que me permitiré hacer a los autores — una observación más bien que un reproche —, consiste en haber considerablemente atenuado la resistencia que probablemente

encontrará en su camino la revolución social. El fracaso de la tentativa revolucionaria en Rusia nos ha demostrado todo el peligro de una ilusión de ese género.

Esa resistencia no será ciertamente amenazadora si desde ahora el espíritu revolucionario — el ánimo demoledor de las instituciones — se difunde por los campos a la vez que el espíritu de rebeldía, porque en tal caso el éxito de la revolución es seguro. Por desgracia, no hay tal seguridad. Conocemos excelentes rebeldes, dotados de valor personal a toda prueba, que carecen del valor del espíritu revolucionario.

El temor tiene fundamento respecto de regiones enteras, a las cuales conviene dirigir los esfuerzos de quienes, como los autores de este libro, conciben la Revolución, no como un reinado del Terror y una siega de cabezas humanas, sino como una corta del bosque capitalista y estatista.

Para un partido parlamentario, que espera sus triunfos de las facticias mayoría electorales — y para los jacobinos que cuentan todavía con el terror inspirado por sus «columnas infernales» —, las regiones atrasadas pueden pasar por cantidad despreciable; porque olvidan — o quizá no lo han sabido nunca — las heridas sangrientas que causaron en 1793 el Mediodía y la Vendée; mas para los que sabemos que el

Pueblo hará la Revolución o la Revolución no se hará!... la conquista intelectual de las Vendées futuras se impone como un deber imperioso.

Si a esto no nos aplicamos, pronto hallaremos que las ideas socialistas, tal como hasta el día se han propagado, han quedado incompletas; descubriremos que el ideal es todavía desconocido en esas regiones, y entonces, con el desaliento de los fracasados comprenderemos lo que ha de hacerse para ganar toda la Francia agrícola a la Revolución.

En todo eso nos hace pensar el libro de Pataud y Pouget, y por ello debe difundirse, leerse y discutirse en todas partes.

Así sabremos mejor lo que queremos, y la Revolución encontrará menos obstáculos en su camino; habrá de sostener menos luchas y costará menos víctimas.

PEDRO KROPOTKINE

27 Febrero 1911

A LOS LECTORES

Nuestro volumen ha cambiado de nombre en el bautismo por culpa del editor, quien, al presentar la cubierta a las tintas impresoras, especie de fuentes bautismales del Libro, le ha saboteado descaradamente.

Habiéndonos hallado de humor benévolo, le perdonamos y aun le excusamos ante vuestra consideración, confiados en que, como nosotros, concederéis plena amnistia a nuestro editor.

Y, no obstante, el sabotaje es patente.

En lugar del título anacrónico que aparece en la portada, debía resplandecer glorioso y triunfante este otro

Cómo hicimos la Revolución

Ese título es el que había de enarbolar nuestro libro.

Porque, todos lo sabéis, la Revolución es cosa hecha... El capitalismo ha muerto.

Mucho tiempo hacía que la Muerte acechaba la vieja sociedad. La agonía fué pesada, porque la bestia resistía, aunque bien sabe el diablo cuán mala estaba... hasta que por fin sonó su última hora.

El acontecimiento estaba previsto, y la clase obrera, que esperaba la herencia, no se halló desprevenida, a causa de que, por un trabajo previo de gestación y de reflexión, llegado el momento psicológico, pudo triunfar de las dificultades: poco a poco había ido adquiriendo la capacidad social para dirigir sus asuntos sin intermediarios ni tutores.

La clase obrera había hecho suya la palabra que Sieyes aplicaba, al final del siglo XVIII, al Tercer Estado, y, cansada de no ser nada, quería ser todo.

Alzándose en oposición a la clase burguesa, se declaraba en insurrección permanente contra ella y se preparaba a sucederla. En las grietas de las instituciones capitalistas depositaba los gérmenes de las instituciones nuevas, y, vivificada por el concepto de huelga general, se familiarizaba con la obra de expropiación que afirmaba como necesaria y fatal.

Ya, desde 1092, la Confederación General del Trabajo había procedido a una información que revelaba las intenciones del Proletariado.

Fijando la atención de los sindicatos sobre

lo que deberían hacer en caso de huelga general triunfante, les preguntaba: ¿Cómo procederían para transformarse de grupos de lucha en grupos de producción? ¿Cómo efectuarían la toma de posesión de los instrumentos de trabajo y qué concepción tenían de la reorganización de fábricas y talleres? ¿Qué función ejercerían en la sociedad reorganizada las federaciones corporativas y las Bolsas del trabajo? ¿Sobre qué bases preveían que se operaría la repartición de los productos?

Era el problema social íntegro formulado en preguntas.

Lejos de ser esa información el único síntoma de los pensamientos que cada vez con más intensidad absorbían la mentalidad obrera, el «Qué se hará al día siguiente de Huelga general» constituía una obsesión, se incrustaba en los cerebros y en ellos se condensaba y se clarificaba.

He ahí por qué, cuando estalló la gran tormenta revolucionaria, las masas populares no se mostraron ignorantes ni quedaron desamparadas. He ahí por qué, después de haber combatido, después de haber demolido, supieron reedificar.

Fué aquel un magnífico período de entusiasmo. Hasta los más fríos e inconscientes llegó la ola de ardiente agitación.

¡Oh, qué bellas y grandes jornadas de fiebre

y de tumulto! Si fueron trágicas en la vida, son dulcísimas para el recuerdo.

Vamos a exponer lo que fué aquella Revolución, la más grande y profunda de cuantas se han realizado.

Vamos a evocar y revivir en el período sublime y formidable. Vamos a asistir al nacimiento de un mundo.

EMILIO PATAUD

EMILIO POUGET

Cómo haremos la Revolución

CAPITULO PRIMERO

El Desmoronamiento

En la tarde del primaveral domingo de 19..., miles de huelguistas de la edificación se apiñaban en el picadero de San Pablo. Aquella multitud sobreexcitada por los largos días de huelga, electrizada por el fuego de los discursos y harta de sufrimientos se exasperaba y se volvía borrascosa.

La tempestad estaba en el aire. Se sentía el rumor de la cólera popular a punto de deflagración.

Hallábase hacía quince días suspendido el trabajo y toda la corporación luchaba.

Los obreros, obstinados en la resistencia, habían resuelto vencer; y los patronos, seguros del apoyo del gobierno, negaban en absoluto toda concesión.

Acabó el mitin.